

MAURICE DUVERGER

Profesor de Ciencia Política

Los dos comunismos

En política, el cambio de lenguaje significa siempre un cambio de estrategia. De ahí la importancia que tiene según sea utilizado en unas u otras zonas.

Entre los comunistas, no es lo mismo lo que se dice en Occidente o en el Este. El ejemplo del Partido Comunista Francés sirve para desvelar tan importante juego.

El comunismo utiliza dos lenguajes distintos en los países de Occidente en los que obtiene más del 10 por 100 de los sufragios. En Italia, España e Islandia, mantiene el vocabulario abierto y liberal que utilizaban antes la mayor parte de partidos europeos. En Finlandia, la mayoría le sigue siendo fiel ante una minoría alineada a los soviéticos, los cuales mantienen (porque les favorece) un «fraccionismo» que combaten con vigor en cualquier otro país. En Francia, Georges Marchais sostiene argumentos más duros que los de Alvaro Cunhal en Portugal, siendo éste el único estalinista hasta estos últimos tiempos, que se ve excedido por su hermano mayor.

Estas diferencias sólo se deben de modo secundario a la estructura de los países y de los partidos en cuestión. La influencia de Gramsci sobre su ideología y el peso de los intelectuales en sus organismos directivos han influido en la apertura del comunismo italiano. Del mismo modo, la tradición nacionalista ha influenciado al comunismo islandés. Pero, contrariamente, las pruebas por las que ha pasado su líder en la resistencia al salazarismo y el subdesarrollo de la sociedad sobre la que actúa, han conducido al comunismo portugués al lado de la intransigencia. Estos factores son importantes pero no esenciales.

Estrategia política

La opción entre lenguaje duro y envolvente parece

estar mucho más unido a la estrategia política. El eurocomunismo de italianos, españoles, islandeses y de la mayoría de finlandeses parece desprenderse de su voluntad de estar presentes en el Gobierno y en los dos países nórdicos ha conseguido ser una realidad, pero en los países mediterráneos corresponde a un proyecto vivaz. Pondremos de relieve que esta participación efectiva o eventual no está basada en la unión de la izquierda, salvo, quizá, en Madrid, en donde Santiago Carrillo parece conservar cierta vaga esperanza sin demasiadas ilusiones.

En Helsinki y en Reykjavik los partidos comunistas se entregan a horribles prácticas denunciadas cotidianamente por su homólogo de París: la alianza del centro; y en Roma, Berlinguer espera limitarles un día, bajo la máscara más atractiva del «compromiso histórico».

La historia del comunismo francés verifica esa hipótesis demostrando que el mismo partido en el transcurso de su existencia adopta un lenguaje u otro según sus variaciones estratégicas. La actual violencia de Georges Marchais y su entorno sorprende únicamente a quienes han olvidado las palabras de Maurice Thorez y su estado mayor, después de la ruptura de la alianza gubernamental de 1944-1947. «Provocador, está hablando como Goering», decía gentilmente el hijo del pueblo a François Mitterrand, en el debate de la Asamblea Nacional del 29 de noviembre de 1947.

Unos días antes, desde la misma tribuna, Jacques Duclos acusaba al presidente de la República —es decir, al general De Gaulle— de «esforzarse por obtener la confianza de Wall Street», al igual que el presidente socialista del Consejo, y añadía, refiriéndose a ambos: «Para ustedes, algunos deseos son órdenes.»

Los giros del PCF

El 30 de septiembre de 1948, el buró político proclamaba que «el pueblo de Francia no hará la guerra contra la Unión Soviética», y el 22 de febrero de 1949, el secretario general iba mucho más lejos. En efecto, a la pregunta «¿qué haría usted si la Armada roja ocupara París?» contestó sencillamente: «¿Podrían los trabajadores franceses comportarse respecto a la Armada soviética de modo distintos a los de Polonia, Rumanía y Yugoslavia?»

El mismo Maurice Thorez se había mostrado bastante razonable en 1935, en las negociaciones sobre el programa del Frente Popular. Jacques Kayser, representante del Partido Radical para dichas conversaciones, ha recordado a menudo que aquél estaba de acuerdo con los comunistas la mayoría de las veces para moderar el ardor reformista de los socialistas. Lo esencial radicaba en asegurar la victoria electoral de la unión de la izquierda.

El líder histórico del Partido Comunista Francés mantendría esa prudencia



M. Duverger

realista en el gobierno de liberación en el que ayudó a que los trabajadores comprendieran la necesidad del sacrificio para reconstruir el país. Del mismo modo, el maligno Marchais de hoy no debe olvidar al amable Marchais de ayer, en el que se mostraba conciliador en 1972 cuando las discusiones del programa común, en 1973 en las elecciones legislativas, en 1974 en las presidenciales y en 1977 en las municipales.

No tienen pudor

Se hubiera podido creer que, en este último periodo, el partido se transformaría. Parecería decidido a progresar lentamente hasta una democratización que muchos de sus militantes deseaban. ¿Acaso sus dirigentes han sentido vértigo ante un volver a poner en tela de juicio la ideología y la estructura que era su necesaria consecuencia? Han vuelto a la tradición que hace que los dos lenguajes del partido correspondan no a dos fases de un movimiento dialéctico perpetuamente renovado.

Todas las organizaciones, todos los individuos cambian de vocabulario al mismo tiempo que de estrategia, pero la mayor parte de ellos toman precauciones formales para disimular, más o menos, los cambios y dar la sensación de una coherencia. Pero los comunistas no tienen ese pudor y cambian brutalmente de sentido, olvidando sus argumentos anteriores o justificándolos con acusaciones fantasiosas en contra de sus adversarios o colegas y sin preocuparse de la verosimilitud. Cuando se encierran en su fortaleza la refuerzan con el mismo ardor y la misma alegría que utilizan para escandilar en los momentos de apertura.

Quizá volvamos a ver al Marchais sonriente y meloso, si Dios le concede larga vida. Si no es así, otro ocupará su lugar si el partido considera que es éste su interés. Todo consiste en esperar.